

RUBÉN SILVA Y FAVIOLA LAZO

Manos de colores



ILUSTRACIONES DE
CHRISTIAN AYUNI



USAID
FROM THE AMERICAN PEOPLE



Save the Children



sm

Manos de colores

Primera edición: diciembre de 2020

Equipo de Ediciones SM S.A. C.

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Corrección de estilo: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diseño, diagramación e ilustraciones: Christian Ayuni

Redacción del texto: Faviola Lazo y Rubén Silva

Equipo de Save the Children: Yessenia Medina Nole y Gabriela Ramos Olivares

Letra de la canción «Tejiendo colores»: Fernanda Toro y Javier Lazo

Música: Javier Lazo

Arreglado y producido por Javier Lazo.

Mezcla y *mastering*: Giovanni Lama

Grabado en Toro con Lazo Estudios

Av. Santa Cruz 1240, Miraflores, Lima.

Puedes oír la canción siguiendo este enlace: <https://soundcloud.com/scperu/tejiendo-colores>
o escaneando este QR



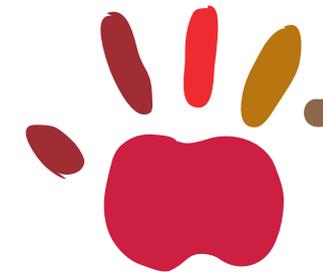
© de esta edición: Save the Children International

Calle Virrey Abascal 135

San Isidro, Lima - Perú

www.savethechildren.org.pe

No se puede transformar, recortar o generar obras derivadas de la obra sin el permiso de los autores o el propietario de la misma. Sin embargo, se puede copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que su uso no implique un uso comercial, reconociendo los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el propietario.



**manos de
colores**

RUBÉN SILVA Y FAVIOLA LAZO
ILUSTRACIONES DE CHRISTIAN AYUNI





Mateo tenía ocho años, era hijo único, vivía con papá y la abuela en un pequeño pueblo de artesanos. Le encantaban la matemática, el fútbol y algo más que no podía hacer.

Papá trabajaba en el campo y la abuela trabajaba en casa manteniendo vivo el arte ancestral de la familia. Ella tejía unas bolsas y mochilas muy bonitas, tan lindas eran que cuando de casualidad llegaba algún turista al pueblo las compraba por montones en la feria dominical.

Mateo de pequeño ayudaba a su mamá y a la abuela a tejer y a teñir la fibra vegetal y sus manos se quedaban manchadas por el tinte. Él fue creciendo y cuando ya tenía suficiente fuerza, ayudaba a la abuela con el batán, pero no con el teñido ni el tejido, pues su papá se lo había prohibido terminantemente.

—Abuela, hoy metí tres goles en el partido, uno fue de guachita y todos gritaron mi nombre, ¡fue muy emocionante! —le contaba Mateo mientras molía con cuidado la fibra vegetal en el batán.

—Qué bonito, chiuchi, que seas bueno en lo que te gusta —dijo la abuela mirándolo sonriente mientras sus dedos seguían tejiendo.

Mateo fijó su atención en el tejido, en las manos y en los dedos diestros y manchados de la abuela. Los dedos de él comenzaban a moverse solos y recordaba una imagen que había quedado grabada en su mente: los dedos y uñas manchadas de su madre tejiendo punto a punto, mientras él a su lado intentaba tejer también con sus aún torpes manitos de colores, feliz y emocionado de ver cómo sus deditos manchados eran capaces de ayudar a crear y hacer esos lindos bolsos.

Pero a ese bello recuerdo lo interrumpían las advertencias de su papá que también habían quedado guardadas: «Los niños no tejen», le decía siempre que lo encontraba tejiendo o con las manos manchadas. El papá había crecido en otro pueblo y no miraba con buenos ojos este arte, pues creía que era trabajo de mujeres. Sin embargo, nada podía hacer cuando la mamá y el pequeño se sentaban juntos a tejer.

A Mateo, además de las matemáticas y el fútbol, le gustaba tejer.





||

Un día, el papá llegó a casa y les dio una gran noticia.

—Familia, nos vamos a la capital. —Mateo y la abuela se miraron y sonrieron.

—¡Sabía que les agradaría! Conseguí un buen trabajo y alquilaré una bonita casa para vivir. Abuela, ¡ya no tendrás que tejer! —dijo el papá.

—¿Dejar de tejer? Eso jamás pasará, además, seguro en la capital venderé más que aquí —interrumpió la abuela—. Acá prefieren usar costales, mochilas o carteras hechas de hilo sintético y ganchillos y rara vez llegan los turistas.

—¡Sí, abuela, y yo te ayudaré! —afirmó contento, Mateo.

—¿Cómo? Ya te dicho, muchas veces que los hombres no tejen —le dijo molesto el papá, frunciendo el ceño—. Tú debes concentrarte en los estudios y si quieres en el fútbol.

El papá amaba mucho a Mateo. Solo una cosa no le parecía y era ese gusto de su hijo por tejer.

Mateo también frunció el ceño:

—¡Pero, papá!

—Nada de «peros» —el papá se agachó y lo tomó de los hombros diciendo—: hijo, sabes que te quiero mucho, pero no estoy de

acuerdo con tu gusto por el tejido. A los hombres nos gusta jugar al fútbol, arreglar autos, trabajar la tierra: esas son cosas de hombres. Entiéndelo.

—Me gusta el fútbol y dice mi abuela que acá en el pueblo, hasta hace poco, algunos hombres también tejían.

—Yo no sé de esas cosas, pero es mejor irnos de este pueblo, a ver si así te olvidas de tejer. Y ya basta de charlas. Por favor, alisten solo lo necesario —indicó el papá.

—Tengo mis libros y mi pelota —dijo Mateo resignado.

—Está bien —dijo la abuela, pero en su cabeza rondaba este pensamiento: Yo no olvidaré la casca, algo de cochinilla, anilina y mi batán. En la capital puedo vender mucho más que aquí.

Al final, Mateo y el papá llevaron sus pequeños bolsos y ayudaron a la abuela con sus costales y bolsas grandes llenas de materiales para tejer.





III

Mateo pronto empezó sus clases en el nuevo colegio, lo que fue un poco difícil para él. Solo un poco ya que la mayoría de los compañeros había sido amable. Él jugaba muy bien al fútbol y eso lo había ayudado para hacer amigos muy rápido, pero también rivales. Percy, que era antes el capitán del equipo, había quedado enojado al ser reemplazado por Mateo.

Del mismo modo, Mateo había hecho una amiga. El maestro le había pedido a Giuliana que lo ayudara a ponerse al día en los temas de matemática porque él, aunque era bueno, se había atrasado debido a que en la nueva escuela habían estudiado ya otros temas.

Pronto ambos niños se hicieron muy amigos. En los recreos se sentaban juntos a conversar y un día en el que hablaban de lo que hacían sus padres, Mateo le contó emocionado a qué se dedicaba su abuela.

—Ella teje bolsos, pero con sus dedos.

—¿Cómo?, ¿no usa palitos, crochés o máquina?

—No, nada de eso, además, no usamos lana, solo las hojas de casca.

—¿«Casca»? ¿Y qué es eso? —dijo Giuliana intrigada.

—Creo que aquí se le conoce como maguey.

—Esas plantas de hojas largas llenas de espinas —dijo incorporándose a la conversación una niña que estaba sentada en la misma banca que ellos.

Mateo contaba los detalles y se emocionaba cada vez más hasta que llegó al momento en que contaba cómo se tejía:

—Tejer es como magia. Usamos solo los dedos para armar el tejido...—mientras Mateo hablaba, usaba sus manos para explicar cómo se tejía, su rostro se iluminaba y las niñas lo miraban atentas y en silencio— y los dedos al final te quedan de colores.

Pero el silencio fue roto:

—¡Los hombres no tejen! —gritó Percy que pasaba con algunos compañeros y se había detenido a escuchar a Mateo.

En ese momento, Mateo sintió que escuchaba a su padre.

Los niños que estaban con Percy empezaron a reír y Percy añadió:

—Deben ser unas bolsas horribles. Cosas de mujeres. Vámonos —la mayoría lo siguió y algunos volteaban para burlarse de Mateo.

Desde ese día, Mateo no volvió a hablar más de su abuela ni del tejido. Se concentró en los estudios y en el fútbol, tal como el papá quería, pero sentía un vacío en el corazón.





IV

Un día, mientras Mateo hacía las tareas, la abuela, que tejía junto a él, soltó el tejido de pronto y se quejó de dolor. Mateo dejó el lapicero en la mesa y se acercó a ella.

—Abuela, ¿qué pasa?

—No sé, hijito, hace días me duelen los dedos, es extraño, ya me he puesto emplasto de hierbitas y nada.

—Debe ser el frío de Lima... —dijo Mateo y añadió—: Ah, ya sé abuela, te pondré un poco del aceite que trajimos del pueblo.

Mateo le frotó las manos y se dio cuenta de que sus dedos no eran los de antes, los dedos de la abuela se estaban deformando. Y por más que su nieto frotara sus manos, todos los días antes de ir al colegio y en las noches antes de dormir, no pudo evitar que los dolores fueran tan insoportables que un día la abuela no tejió más y todos los bolsos quedaron sin terminar.

Una tarde, mientras almorzaban, el papá comentó:

—Las cosas en la empresa no van bien, están sacando al personal y mi compadre habló con el jefe por mí, para que no me boten —suspiró.

—Y yo sin poder trabajar, tan bien que se estaban vendiendo las bolsas y a buen precio —manifestó la abuela entristecida.

—Yo puedo tejer en mis ratos libres —propuso Mateo llenándose de valor.

—No, hijo, bastante me sacrifico yo para que tú tengas más oportunidades, no me sentiría orgulloso de saber que tienes que trabajar y encima haciendo cosas de mujeres, cuando tu deber es estudiar.

Mateo suspiró y miró a la abuela reflejando la honda tristeza que sentía en su corazón.

—Hijo, tú tienes la oportunidad de ser mejor que yo, no la desaproveches —afirmaba el papá.

Los días pasaban y la abuela no mejoraba y los bolsos continuaban ahí en su rincón abandonados, inacabados, solos. Una noche, Mateo no pudo dormir, se levantó de la cama, caminó todavía algo dormido y, sin hacer ruido, encendió la luz y llegó hasta el rincón. Miró y tocó los bolsos a medio terminar. De pronto, recordó las manos de su mamá y las suyas propias, cuando era aún pequeño, tejiendo los bolsos. Y como si estuviera soñando comenzó a tejer punto a punto tal como lo hacía su abuela y tal como le enseñara su madre antes de que partiera a ese viaje interminable.

Esa noche, Mateo no durmió, pero terminó de tejer un bolso que la abuela le había contado que debía entregar pronto. En la mañana, Mateo bostezaba sin parar, pero cuando se miró al espejo no podía dejar de sonreír, hasta que se miró las manos y se dio cuenta de que tenía los dedos manchados. Se lavó con jabón, con detergente, pero nada: los dedos seguían pintados.





No podía dejar que su papá lo viera. Logró evadir sus miradas durante el desayuno, pero no las de la abuela quien muy temprano había visto el bolso terminado.

—Abuela, ¿cómo sigues de tus manos? —preguntó el papá.

—No muy bien, no he podido tejer y hay muchas bolsas por entregar —dijo ella ocultando lo que sabía.

—Tranquila, estoy trabajando doble para que no nos falte nada.

—Papá —interrumpió Mateo algo tímido—, yo puedo ayudar, sabes que me gusta tejer y la abuela dice que lo hago muy bien.

—¿Te gusta tejer? Creí que había quedado claro: los hombres no tejen, usan herramientas pesadas, son los jefes del hogar y mantienen la casa. Tejiendo no lograrás nada, debes estudiar. Tejer es para mujeres.

—Ahora ya no es así, la mamá de mi amiga se dedica a la mecánica y mantiene la casa, porque el papá las abandonó —afirmó Mateo muy molesto.

El papá respiró, miró a Mateo y le dijo:

—Sabes que te quiero mucho y deseo lo mejor para ti; y lo mejor es que te saques de la cabeza esa idea tonta de tejer. Ya no hablemos más del asunto y ven dame un abrazo.

Mateo se acercó y rápidamente lo abrazó para que él no pudiera ver sus manos manchadas que ahora estaban en la espalda de su papá.

—Bueno, ya es hora de salir o llegarás tarde al colegio —dijo el papá mirando su reloj.

Mateo dejó de abrazarlo rápidamente, ocultó sus manos y se despidió.

—Ya, pa, ya me voy. Qué tengas un buen día.



V

Mateo recordaba triste lo que su papá le había dicho, pero también tenía miedo de que en el colegio se dieran cuenta de sus manos pintadas. Ese día, se la pasó con las manos en el bolsillo del pantalón; al momento de escribir estiró las mangas de su chompa para cubrirse todos los dedos y envolver el lapicero. A la hora de recreo, no salió del salón. Se quedó pensando cómo escondería sus manos durante la clase de educación física; iban a practicar para el torneo de fútbol y él era el capitán.

El timbre sonó y no había remedio. Además, Mateo no estaba dispuesto a perderse la práctica. Pensó que a lo mejor nadie se daría cuenta.

Se dirigían al patio en dos filas, cuando de pronto uno de los niños se dio cuenta de las manos manchadas; así que se acercó al oído del niño que estaba delante de él y le dijo: «¡Mateo tiene las manos pintadas, seguro se puso a tejer!».

Ese niño volteó y también le dijo al oído al niño que estaba delante quien le dijo a otro y a otro y así hasta que llegó a oídos de Percy.

Percy giró a ver las manos de Mateo y señalándolo gritó: «¡Niñita tejedora!».

Todos giraron y vieron las manos manchadas.

Mateo se sintió tan pequeño, escondió sus manos dentro del polo, quería decir algo, quería defenderse, pero no solo eran las burlas de sus compañeros, era también la voz de su papá que se había quedado grabada en su mente: «Los niños no tejen» y Percy continuaba.

—Las niñas no juegan fútbol y tú eres una niñita tejedora, así que hoy, no jugarás fútbol.

—En mi pueblo los hombres también tejen —dijo Mateo enérgicamente.

—Cállate, niñita tejedora —le respondió Percy.

Y los demás corearon:

«¡Niñita! ¡Niñita!».

Mateo se puso tan furioso que se lanzó sobre Percy, lo empujó muy fuerte y cogiéndolo por la cintura lo quiso tumbar.

El maestro se dio cuenta de la situación y los separó:

—¿Qué pasa con ustedes?, ¿por qué tanto alboroto? —todos se quedaron en silencio.

Mateo estaba furioso y se le notaba en el rostro. Esta vez envolvió sus manos en el polo, como queriendo desaparecerlas.

—¿Qué tienes ahí, muéstrame? —en silencio Mateo negó con la cabeza y su rostro se veía cada vez más furioso.





—A ver, Percy, ¿qué sucede?

—Mateo me atacó, profe —dijo él, que se encontraba encorvado con las manos en el estómago.

El maestro miró a todos como esperando una respuesta y nada. Hasta que Giuliana, la amiga de Mateo, le contó al maestro lo que había mirado y escuchado. Y el maestro decidió enviar a ambos a la dirección.

La directora habló con ellos, le pidió a Mateo que le mostrara las manos y él se negó muchas veces, sin hablar, sin poder decir una palabra. Percy también se mantenía en silencio.

—Bien, no quieren hablar, me veo obligada a llamar a sus papás.

—No, por favor, no le diga nada a mi papá —suplicó Mateo mostrando por fin las manos.

La directora se extrañó al ver las manos manchadas de Mateo, y él no pudo evitar contarle todo. La directora lo escuchó atentamente, pensó por un momento, respiró profundamente y después habló:

—Si bien es bueno que ayudes a tu abuela y te guste tejer, no debes usar la violencia.

—Y tú, Percy, ¿por qué te burlas del trabajo que hace tu compañero?

Percy no contestó se quedó con la cabeza baja.

La directora, le pidió a Mateo que regresara a la clase diciéndole:

—Hablares luego sobre el uso de la violencia.

Apenas Mateo salió, ella se dirigió a Percy.

—Percy, ¿sabías que Mateo ayuda a su abuela? ¿Tú no ayudarías a tu abuela, si ella lo necesitara?

—Sí, directora, pero a él le gusta. Le gusta tejer como a las niñas.

La directora respiró una vez más decepcionada; se quitó los zapatos; los dejó en el piso debajo de su escritorio y sacó un par de zapatillas que tenía en la cartera.

—¡Vamos! —indicó, abriendo la puerta de la dirección.

La directora le propuso al maestro hacer un cambio por ese día, las niñas jugarían fútbol y los niños vóley, todos se quedaron sorprendidos, pero aceptaron contentos. Solo Percy dijo que él no jugaría juegos de niñas. Así que la directora le dijo que se sentara con ella, mientras los estudiantes del salón se divertían y jugaban. Y la directora le dijo:

—Percy, me preocupas, yo sé que eres un niño bueno y que estás pasando por un momento difícil, pero insultar a otro niño diciendo que es una niña no lo entiendo ni lo puedo admitir. Dime, ¿qué de malo tiene ser niña?

Percy solo se quedó en silencio.

—¿Ser mujer, es ser menos? ¿Eso crees? ¿Tu abuelita, que te cuida siempre, es menos? ¿Tu mamá acaso era menos importante que tu papá por ser mujer? Ella era una gran mujer, aún la extraño en las actividades del colegio.

A Percy, le corrieron lágrimas por las mejillas y se las limpió con fuerza en el brazo.



—Así como tú—continuó la maestra—, Mateo no tiene a su mamá, solo tiene a su papá y a su abuela y él la ayuda porque la ama como tú amas a tu abuela. Son muy parecidos, no lo molestes porque hace lo que le gusta sin dañar a nadie.

La directora mientras decía esto cogía cariñosamente de los hombros a Percy.

Ese día terminó tranquilo, Percy no volvió a decirle nada a Mateo. Él se sintió un poco mejor, sabía que no todos pensaban como Percy o como su papá. Eso le dio algo de valor para seguir ayudando a su abuela. Pero no el suficiente como para decirle a su papá lo que hacía.



VI

Mateo le pidió a la abuela que le permita ayudarla y que no le dijera nada a su papá, pero ella le dijo que no podía mentir. Sin embargo, Mateo, insistió y logró convencerla, pues había algunos gastos que el papá no podía pagar y habían conseguido vender a buen precio los bolsos.

Así que la abuela en el día iba preparando todos los materiales y los procesos más sencillos para que su nieto en las tardes, mientras papá no estaba, y en las noches, mientras todos dormían, pudiera tejer.

Mateo terminaba contento, pero algo cansado; en el colegio los niños lo ignoraban, pero algunos al verlo siempre con las manos manchadas decían: «Los niños no tejen», «Ahí viene la niñita tejedora», sin embargo nunca era Percy que se mantenía al margen.

El viernes fue el campeonato. Durante el partido de fútbol sus compañeros apenas le pasaban la pelota, Mateo estaba muy molesto y ya el juego estaba por acabar sin que él hubiera tocado bola. En eso, en una de las jugadas del equipo contrario, uno de los delanteros avanzó tanto que estaba ya cerca del área, en el punto de penal y el arquero estaba solo, Percy y él corrieron como flechas. Llegó primero Percy que alcanzó al delantero rival, pero este de una maniobra lo esquivó, sin embargo, ahí ya estaba Mateo para quitarle la pelota y avanzar hasta el campo contrario, a su lado corría también Percy. Mateo le pasaba la pelota y Percy se la devolvía, así esquivaron a casi todos los jugadores contrarios. Cuando estuvieron frente a los defensas, Percy se desmarcó y Mateo le dio pase. El juego bonito de ambos acabó con

un gol de Percy, en verdad, el gol fue de los dos, ambos se abrazaron, se abrazaron todos los del equipo.

Al terminar el partido, Percy y Mateo salieron del campo cada uno por su lado ignorando el abrazo que los había unido antes. Estaban un poco confundidos. Los demás compañeros se acercaron a felicitar a los jugadores.

Giuliana se acercó a Mateo y lo felicitó:

—Bravo, eres un gran futbolista. Gracias a ti ganamos el partido.

—Fue Percy el que metió el gol.

—Pero fuiste tú quien me colocó la pelota —dijo Percy que apareció sonriendo y dándole la mano a Mateo se despidió y continuó caminando.

Giuliana y Mateo se fueron conversando.

—Me gustan los colores de tus dedos, pero el verde es mi color favorito —dijo Giuliana sonriendo.

Mateo se miró las manos como recordando:

—Ah, sí, cuando se tiñe la casca las manos se quedan pintadas —contó avergonzado—. Pero dime ¿por qué te gusta el verde?

—Bueno, cada color tiene un significado y el verde representa la felicidad y la esperanza. ¿Sabes?, me encantaría tener una de las bolsas que hace tu abuelita y de color verde —comentaba emocionada.





—Eh, mi abuelita... ya —Mateo no se atrevió a decirle que ahora él era el que tejía los bolsos.

Ese fin de semana, Mateo se puso a tejer punto a punto y empezó una pequeña bolsa para su amiga. A pesar de que se dedicaba con ahínco, la bolsa le tomó dos semanas. Dos lunes después, Mateo le entregó el regalo a su amiga y ella lo abrazó muy fuerte y le agradeció. Giuliana se la había mostrado a todos, la pequeña bolsa era tan linda que a la salida algunas niñas e incluso niños rodearon a Mateo y le pidieron que, por favor, su abuelita les hiciera bolsos también. Incluso habían hecho una lista de pedidos con sus nombres al lado de sus colores favoritos. Hasta la directora hizo su pedido.

Los demás niños miraban sorprendidos cómo cada semana Mateo llevaba una o dos bolsas pequeñas que las niñas usaban como cartucheras. Se estaba convirtiendo en un experto y así iba entregando los pedidos a cada una de las niñas y a cada niño que se habían convertido en sus principales compradores, incluso los padres empezaron a hacer encargos.

Mateo ya no sentía ese vacío en su corazón. Y pensó que lo mejor era decirle a papá.

VII

Un día el papá llegó más temprano a casa, se le veía muy triste, esta vez su compadre no pudo hacer nada para que conservara su trabajo. Pero para tranquilizar a su hijo y a la abuela dijo que los ahorros que tenía alcanzarían para algunos días hasta que encontrara otro trabajo. Lamentablemente no fue así, los ahorros se terminaron pronto y el papá ya no supo qué hacer y luego de uno días se puso triste y silencioso.

En una de las cenas el papá estaba más silencioso y triste que nunca, y Mateo trató de consolarlo.

—Papá, no te pongas mal. La abuela y yo podemos ayudarte.

—La abuela no puede tejer, Mateo, además es mi responsabilidad. Soy el jefe de la casa y he fracasado.

—Yo puedo hacerlo, puedo tejer, sabes que lo hago bien y que me gusta.

—Tejer, tejer, ya me tienes hartó. Eres un hombre. Te lo he dicho muchas veces.

Mateo sintió un aire de valor y dijo:

—Me gusta tejer porque es arte, porque siento que mis manos hacen magia.

—¡Ya basta! No digas tonterías —gritó el papá, mientras agarraba una de las bolsas del rincón de la abuela y la tiraba—, esto es para las mujeres, esto no es para ti.





Mateo abrazó a su abuela mientras lloraba en silencio.

Los regaños se vieron interrumpidos por la llegada del dueño de la casa que pasaba a cobrar el alquiler. El papá se puso pálido, no decía nada, no se movía, pues no tenía dinero. La abuela soltó a Mateo, rebuscó entre sus costales y sacó una cajita llena de dinero con el que pudieron pagar, papá se quedó muy sorprendido y preguntó:

—¿Y este dinero?

—Es el dinero que ha conseguido Mateo, gracias a sus tejidos —respondió algo enojada la abuela mientras le mostraba las últimas bolsas que su nieto había tejido.

—Perdóname, papá —dijo Mateo lanzándose a sus brazos. El padre no podía hablar, era como si algo dentro de él no se lo permitiera.

—Papá, ¿alguna vez piensas en mamá, aún la recuerdas? —preguntó, Mateo, alejándose y secándose las lágrimas.

—Cada momento, hijo. Cada vez que veo tus ojos y cuando sonríes, la recuerdo —habló con la voz quebrada—, pero ¿por qué me preguntas eso?

—Es que cada vez que me pongo a tejer siento sus manos sobre las mías, hasta su aroma me acompaña mientras tejo.

De pronto, algo parecido al arrepentimiento, a la tristeza y la ternura, todo mezclado, se apoderó del padre que recogiendo la bolsa que había lanzado dijo:

—Amado hijo, creo que eres tú el que debe perdonarme, dale y dale con tejer y yo dale y dale con que no, y ahora no sé. Solo sé que eres un buen, hijo, digno hijo de tu madre y yo soy un pobre viejo, a lo mejor, equivocado.

Mateo y su padre se abrazaron y lloraron juntos

La abuela tomó la foto de su hija que estaba en una repisita junto a los bolsos y se abrazaron los cuatro.

El mañana prometía ser distinto...



RUBÉN SILVA Y FAVIOLA LAZO

Manos de colores

Este cuento fue realizado como parte del proyecto «Prevención en nuestras manos: familias saludables y protegidas», implementado por Save the Children, con el apoyo de la Oficina de Asistencia Humanitaria de USAID. Este proyecto busca proteger a las familias y comunidades vulnerables de Lima y Piura a través de insumos e información que les permitan adoptar prácticas preventivas frente a la COVID-19, así como rechazar y denunciar todo tipo de violencia en el hogar.



USAID
FROM THE AMERICAN PEOPLE



Save the Children

